LOS MOAI DE ISLA DE PASCUA

CAMILA LAUREANI

Generalmente con el nombre de "moai" nos referimos a las estatuas megalíticas encontradas en Isla de Pascua. Sin embargo el nombre "moai" significa "estatua", en general, en el idioma pascuense, prescindiendo de su tamaño y del material usado para la talla.

Los grandes "moai", es decir, las grandes estatuas, se erguían casi ininterrumpidamente a lo largo de la costa y en los faldeos del Rano Raraku. Fueron ellas las que dieron fama a la pequeña isla perdida en el medio del Océano Pacífico y que atrajeron la curiosidad de los primeros navegantes europeos, causando más de una vez, grandes problemas a la población. Las incógnitas a que nos enfrentamos, por lo que se refiere a su ejecución, son de distinta índole. Las podemos sintetizar de esta manera:

a) ¿quiénes son los autores de la "idea" del moai?
b) ¿cuáles fueron los motivos que impulsaron su fabricación masiva?
c) ¿cuándo se efectuaron?
d) ¿cómo se transportaron?
e) ¿por qué se dejaron de hacer?

De las cinco preguntas, las tres primeras son las que revisten mayor dificultad para contestarlas.

Sin embargo, antes de abordar estos temas es oportuno saber cómo son los "moai" monumentales. Se trata de estatuas talladas, en su gran mayoría, en la única cantera que se encuentra en la falda exterior e interior del Rano Raraku.

El Rano Raraku es un cono volcánico extinto que presenta acanaladuras (= raraku) debidas a la acción erosiva de las aguas marinas. Ello se explica por cuanto el volcán se encontraba a la orilla del mar, pero una sucesiva expansión de lava, impulsada desde otro centro volcánico, el Rano Aroi, lo rodeó, alejándolo por lo tanto del mar.

La composición de la roca es esencialmente una amalgama de ceniza y lapilli, no muy difícil de tallar y que se endurece al contacto con la atmósfera.

Los moai, tallados en su solo bloque, han sido extraídos de la pared izquierda del volcán, aprovechando la homogeneidad de la roca, ya que bastaría una imperfección de la veta donde se estaba tallando la estatua para dejarla inutilizada durante el transporte.

La apariencia física del moai, sigue un modelo pre establecido: lo que lleva al error de algunos que los ven "todos iguales". En realidad, cada moai tiene su propia personalidad como, antiguamente, tenía su propio nombre.

Sus características son las siguientes: su tamaño varía considerablemente, aunque en promedio miden de cuatro a siete o más metros de alto y su peso alcanza a varias toneladas. La imagen fundamental que sugieren es la de columnas antropomorfas, tipo telamones, que sin embargo, han perdido la función de tales por el uso distinto que se les ha dado. Acentúa su aspecto monolítico la poca importancia que se ha dado al desarrollo de los brazos, adosados al cuerpo y terminando con alargadas manos, de uñas puntiagudas orientadas al bajo vientre.

En lo que a la cabeza se refiere, domina el imperioso, altivo rostro que ocupa aproximadamente una tercera parte de toda la figura y que sobresale aún más en el Rano Rarakù, por el hecho de quedar casi él sólo al descubierto, mientras la mayor parte del cuerpo está sepultada bajo la tierra acumulada a través de los siglos.

A pesar de que el modelo de la talla obedece a un único prototipo, los talladores variaban dimensiones y características, como ya se ha dicho. Así los moai destinados a ocupar su lugar en los ahu edificados a lo largo de la costa o en los pocos que se conocen en el interior de la isla, fueron dotados de una base apropiada a su instalación en la plataforma del ahu, se les agrandó los ojos y se les cubrió con un "pukao", especie de tocado, hecho con la toba volcánica roja del volcán Puna Pao. Al contrario, los moai del Rano Raraku fueron concebidos para quedar hundidos con su base en la tierra, sus ojos conservan una hendidura cerrada a lo largo de las mejillas y no hay rastro de deformación en la cabeza para colocarles el "pukao" encima.

El estado de conservación de todos estos moais es muy variado. Como todos fueron derribados en las contiendas tribales de los siglos 18 y 19, su condición es bastante precaria. Algunos, en la caída se han quebrado en dos o más partes: los pukao, rodando, a veces han quedado cubiertos con el agua del mar y casi no se reconocen, puesto que el material de que están compuestos es muy frágil y se erosiona fácilmente por el movimiento de las olas o los elementos atmosféricos.

Algunos moai han sido, incluso, recortados y utilizados para distintas finalidades como piezas para los museos del mundo o para otros usos más domésticos.

En estas últimas décadas, sobre todo, después de la expedición de Thor Heyerdahl, se ha tratado de restaurar algunos ahu y de volver a levantar algunos moai sobre sus bases. Pero hay mucho más que hacer

para poder volver a tener la fantástica visión que debió desconcertar a los antiguos navegantes europeos en sus primeros contactos con la isla.

Según nuestros conocimientos, el primer relato acerca de Isla de Pascua se debe a la expedición de Jacob Roggeveen en abril, 1722 (1). Sin embargo, los moai llamaron la atención de los navegantes en forma más bien superficial en cuanto no se detuvieron a analizarlos o a tratar de descubrir su origen. A continuación damos la traducción del párrafo que trata de los moai en la obra citada:

> "En cuanto a la religión de esta gente, no pudimos obtener una información completa debido a nuestra corta estada; sólo observamos que encendían fogatas frente a estatuas de piedra particularmente altas, y luego, sentados sobre sus tobillos con la cabeza inclinada, juntaban las palmas de las manos y las movían hacia arriba y hacia abajo. Estas estatuas de piedra nos causaron gran asombro al principio, porque no podíamos comprender cómo era posible que esta gente, que no tenía grandes trozos de madera para hacer máquinas, ni disponían de fuertes cuerdas, habían sido capaces de erigir tales estatuas, que tenían 30 pies (= m. 9,15) de alto y en proporción eran gruesas. Pero este asombro cesó cuando, después de haber sacado un trozo de piedra, se descubrió que estas estatuas estaban formadas de arcilla o tierra gredosa y que se había introducido pequeños guijarros dentro de ella, los que al ponerlos muy juntos y en orden daban la apariencia de un ser humano. Luego se vió que se extendía hacia abajo de los hombros un débil relieve o proyección, lo que perfilaba los brazos, ya que todas las estatuas parecían mostrar que estaban adornadas con una larga prenda desde el cuello hasta la planta de pie. En la cabeza tenían una canasta en la que se encontraban apiladas piedras pintadas de color blanco".

El error en que se incurre, como se puede ver, es creer que las estatuas fueron compuestas con una mezcla de piedra y arcilla; al contrario son extraídas en un sólo bloque de la cantera excavada en el Rano Raraku.

Además, si bien es cierto que la isla no ofrecía muchos elementos para el transporte de los gigantes hasta los ahu, sin embargo había los suficientes como para trasladarlos sin demasiada dificultad.

Por lo que se dice del "canasto" que los moai tenían en la cabeza ello se refiere al "pukao"; es probable que los excrementos de las aves marinas blanquearan la superficie de éstos dando a los navegantes la impresión que se les colocaran encima piedras blanqueadas o, tal vez, huesos de muertos.

En el relato de Behrens, uno de los partícipes de la expedición y cuidadoso observador, se dice que él vió a los isleños encendiendo fogatas a los pies de "sus ídolos" con el propósito de hacerles ofrendas y de rezarles, y que la mañana siguiente los adoradores se postraban con la cara hacia la salida del sol y encendían varias fogatas aparentemente en honor a sus ídolos.

Hoy en día se duda de que los moai hayan sido considerados alguna vez como ídolos por parte de los isleños. Más bien se cree que ellos eran imágenes de sus antepasados a los que se les tributaban honores y respeto. Por otra parte, los fuegos encendidos en la playa, donde también se encuentran los ahu con los moai, podrían razonablemente atribuirse a los "umu", es decir las fogatas que se necesitaban para calentar los hornos excavados en la tierra para cocinar con un método muy similar al "curanto" del sur de Chile.

Mucho más cuidadoso y detallado es el relato que se hizo en la expedición de James Cook, en el mes de marzo de 1774. Las noticias que se refieren a los moai se basan en una observación cuidadosa, por lo cual son de suma importancia para nuestra documentación (2). Ellas analizan muy bien la finalidad de monumentos funerarios que tienen las estatuas:

> "Lo que más nos llamó la atención fueron las estatuas que la tripulación de Roggeveen tomó por ídolos, pero nosotros conjeturamos desde entonces que son monumentos erigidos en honor de los muertos, tal como los tahitianos y los otros insulares de los mares del Sur han erigido cerca de sus cementerios y que ellos llaman "E-tée".

Del mismo modo son más realistas en cuanto a los fuegos que se encienden cerca de las estatuas:

> "Vimos una gran cantidad de fuegos cerca de las columnas de las que hablamos anteriormente; los holandeses, que también los observaron, los interpretaron como sacrificios a los ídolos, pero es más probable que los indígenas los habían prendido a fin de cocinar ahí sus alimentos"

Acercándose a la isla, Cook y sus acompañantes se sienten sobrecogidos por la majestuosidad del espectáculo que se brinda a sus ojos:

> "Un gran número de columnas negras en fila a lo largo de la costa impactaban nuestro ojos por todas partes. Muchas estaban levantadas sobre plataformas, nosotros distinguíamos ya una cosa que parecía una cabeza y hombros humanos hacia la parte superior, pero la base parecía una roca tosca y sin forma. A menudo nosotros contamos dos, cuatro y cinco en un mismo grupo. . ."

Y en otra parte:

1) "The Journal of Jacob Roggeveen", Universidad de Oxford, 1970, Ed. por Andrew Sharp.
2) James Cook: "Voyage dans l' Hémisphere Austral et Autour du monde. . ." Traduit de l'Anglais. Tomo II París, Hôtel de Thou, MDCCLXXVIII.

"Cincuenta varas más lejos, al sur, nosotros encontramos otro cantón más elevado, cuya superficie estaba empedrada con piedras cuadradas, parecida a las que formaban las murallas, y al medio una columna de una sola pieza, representaba el medio cuerpo de una figura humana, de aproximadamente dos pies de alto, de más de cinco de ancho (3). La tosquedad del trabajo de esta figura denota la infancia de las artes. Sobre una cabeza mal trazada se notaban, apenas, los ojos, la nariz y la boca: las orejas excesivamente largas, según la costumbre del país (4) están menos mal diseñadas que el resto. El cuello es pequeño y corto, y no se distinguen casi los hombros y los brazos. Hay en la cima de la cabeza un enorme cilindro de piedra de más de cinco pies de diámetro y de alto), puesto todo derecho. Este capitel que se asemeja al que las divinidades egipcias llevaban en otros tiempos sobre sus cabezas, es de una piedra diferente del resto de la columna y más rojizo. La cabeza y lo que está encima hace la mitad de toda la figura. Nosotros no hemos notado que los naturales rindan algún culto a estas columnas, ellos parecen sin embargo tener por ellas cierta veneración, pues manifiestan descontento cuando nosotros caminamos sobre el espacio empedrado o sobre los pedestales o cuando nosotros examinábamos las piedras. . ."

"Al caer el sol, nosotros dejamos la aguada para caminar hacia la caleta donde nos aguardaba la chalupa. Como nosotros pasamos sobre el terreno donde estaba la columna de la cual se ha hablado, algunos naturales que nos acompañaban aún, nos hicieron señas de descender y de caminar en la hierba, a lo largo del pedestal, pero viendo que no hacíamos caso de sus gestos, ellos no hicieron ninguna otra tentativa de oponérsenos. Nosotros formulamos diversas preguntas, sobre la naturaleza de esas piedras a los que parecían más inteligentes, y en cuanto comprendimos sus respuestas nos pareció que son monumentos erigidos a la memoria de sus "ariki" o reyes"

A pesar de que las estatuas parecen estar, en ese entonces, erguidas en los ahu en su gran mayoría, algunas ya están tumbadas revelando el inicio de esas contiendas tribales que causaron grandes destrozos y casi el exterminio de la población.

En efecto el relato detalla:

"En el costado Este, cerca del mar, encontraron tres plataformas o más bien las ruinas de tres plataformas de mampostería: sobre cada una de ellas había habido cuatro grandes estatuas, tres estaban caídas y el desplome había quebrado o mutilado dos de ellas, de manera que no quedaba más que una de pie y una segunda tendida pero entera. El señor Wales estudió esta última y pudo observar que medía 15 pies de largo y 6 pies de ancho sobre los hombros. Cada estatua llevaba encima de la cabeza una gruesa piedra cilíndrica, de color rojo, perfectamente redonda; una de esas piedras, que ni siquiera era la más grande, tenía 52 pulgadas de alto y 66 de diámetro. La parte superior de algunos cilindros tenía una elevación, pero la mayoría eran lisos".

Este último detalle se refiere a que, a veces, los "pukao" presentaban en la parte superior un pequeño levantamiento cilíndrico; esta característica se puede observar en los dibujos que nos han dejado algunos navegantes como ilustración de sus relatos. De todas maneras, es significativo el hecho que los moai estaban en su mayoría levantados y que sólo algunos aparecen ya botados y por este motivo llaman la atención de Cook.

Durante la gira de reconocimiento, el grupo se dirige hacia el Rano Raraku:

"Ellos notaron que esta parte de la isla estaba llena de estatuas gigantescas de las que se ha hablado frecuentemente, algunas, puestas en grupo sobre plataformas de mampostería, otras, solas, hundidas en la tierra a poca profundidad: en general estas últimas son mucho más grande que las otras. Una de ellas que estaba caída, tenía cerca de 27 pies de largo y más de 8 pies arriba del pecho o de los hombros, y sin embargo ella parecía mucho más pequeña que otra que ellos vieron de pie: su sombra, poco después de las dos horas p.m., fue suficiente para poner al abrigo de los rayos del sol a todo el grupo, compuesto por cerca de treinta personas.

Los isleños les daban el nombre general de Hanga Tebow; aplican el término de "Hanga" a cada hilera: ellos llaman las estatuas en particular Ko(a) tomai, Ko-tomaérée, Ko-hóo-oo, Morahiena, Oomarèeva, Weenâboo, Weenapè.

Nos detuvimos para dar tiempo al señor Hodges de dibujar algunos de esos monumentos: los grabados que acompañan el relato de este viaje son muy exactos. También aprovechamos la ocasión para comer"

En cuanto a los nombres que supuestamente tenían las estatuas es evidente que aquí Cook las relaciona más bien con el nombre del lugar donde ellas se encuentran. Por lo que se refiere a los grabados del señor Hodges en verdad ellos son una documentación preciosa para el conocimiento de las condiciones de vida de los pascuenses de esa época, además de su valor intrínseco de orden estético.

3) ¡Nótese la desproporción de las medidas!

4) Se refiere a la costumbre de los antiguos isleños de horadarse los lóbulos de las orejas en forma tan exagerada que tenían que doblarlos y recogerlos cuando estaban trabajando.

No falta la observación acerca de la cantera de donde se extraían los cilindros de toba volcánica roja para utilizarlos como pukao en los moai.

"En un pequeño hueco, (= el Puna Pao) sobre la parte más elevada de la isla, el señor Pickersgill encontró unos cilíndros parecidos a los que coronan las cabezas de las estatuas. Estos parecían más anchos que algunos de los otros, pero era muy tarde para detenerse a medirlos. El señor Wales que me ha comunicado estos detalles, piensa que hay una cantera de donde se han originariamente extraído esas piedras y que no ha sido muy difícil de hacerlas rodar colina abajo después de haberlas tallado. Esta conjetura me parece muy razonable, y yo creo que ha sucedido de ese modo".

A Cook le llama la atención una característica que es bien importante destacar: observando las distintas tallas que los isleños ofrecen en trueque a los navegantes él las considera de este modo: " . . pequeñas figuras humanas de madera de 18 pulgadas o de 2 pies de largo, angostas y de un trabajo mucho más puro y mucho más esmerado que el de las estatuas"

Esto nos confirma que hace más de 200 años, cuando se empezaron a conocer los objetos originales tallados por los isleños en pequeñas dimensiones, generalmente en madera, se reconocía la diferencia de carácter de estas estatuillas con las que ornaban los ahu y las laderas del Rano Raraku. Esta diferencia en realidad entonces, como ahora, va mucho más allá del tamaño y del material con que están hechas. Mientras las pequeñas estatuas recuerdan a los navegantes objetos similares vistos en otras islas de Polinesia, sobre todo en Tahíti, los grandes moai no se relacionaron, al menos en esa época, con otras figuras parecidas observadas en los mares del Sur.

Cuando Cook escribe el capítulo en que hace un resumen de las observaciones más importantes acerca de la Isla de Pascua, dice de los moai:

"Yo creo que las estatuas gigantescas, de las que se ha hablado tan frecuentemente, no pasan por ídolos en el espíritu de los insulares actuales, aunque pudo ser en el momento de la llegada de Roggewin: al menos yo no noté nada que lleve a pensarlo. Al contrario, supuse que son cementerios destinados a ciertas clases y ciertas familias. Algunos de nuestros señores han visto, así como yo, un esqueleto humano que había sido recientemente cubierto de piedras en una de esas plataformas. Esas plataformas de mampostería, algunas veces tienen unos treinta o cuarenta pies de largo, doce o dieciséis de ancho y de tres a doce de altura: la dimensión depende en parte de la naturaleza del terreno, pues ellas están ordinariamente situadas al borde de la playa que está de cara al mar, de suerte que esta cara puede ser de diez o doce pies, o todavía de más altura, mientras que la altura de los dos costados puede ser de no más de tres o cuatro. Ellas están construidas, al menos en el exterior, de piedras talladas muy anchas, y la mano de obra no es inferior a la de la más linda obra de mampostería que tenemos en Inglaterra; ellos no emplean ninguna especie de cemento; sin embargo las junturas son muy cerradas, y las piedras están encajadas las unas en las otras de un modo muy diestro. Los costados no son perpendiculares; se inclinan un poco hacia el interior como los parapetos, etc. que se levantan en Europa; pero sus cuidados, sus penas y su sagacidad no han podido preservar estos curiosos monumentos de los estragos del tiempo, que todo lo devora.

Las estatuas, o al menos la mayoría, ocupan estas plataformas que les sirven de base: ellas son, así como nosotros hemos podido juzgar, más o menos de medio cuerpo, y la base termina en un tronco. La ejecución es tosca, pero no mala. Los rasgos de la cara y en particular la nariz y el mentón, no están mal formados; pero las orejas tienen una longitud desproporcionada, y en cuanto al cuerpo, apenas se le encuentra una semejanza con el de un hombre.

Yo no he examinado más que dos o tres de estas estatuas, cerca del lugar de desembarco: son de una piedra gris, la misma, en apariencias, que esas de las plataformas. Pero algunos de nuestros caballeros que atravesaron la isla, y que observaron muchas otras, pensaban que su piedra difiere de todas las que han visto en el país, y ella les pareció artificial. Apenas podemos concebir cómo estos insulares, han podido levantar masas tan asombrosas y luego poner encima las gruesas piedras cilíndricas, de las que se ha hecho mención más arriba. El único método que yo imagino, es de levantar poco a poco el extremo superior, sustentándolo con piedras a medida que se alce, y reforzando todo alrededor, hasta que ella esté completamente erguida: ellos harían así una especie de colina o de terraplén, sobre el que ellos rodaban el cilindro para ponerlo encima de la cabeza de la estatua, y quitar enseguida las piedras. Pero si la piedra es artificial, las estatuas pueden haber sido hechas en el lugar, en su posición actual, y el cilindro puesto enseguida, construyendo a su alrededor una colina, como se ha dicho. De cualquiera manera que se hayan levantado, ha sido necesario un tiempo inmenso: lo que muestra bastante la inteligencia y la perseverancia de los insulares, en el siglo en que se las ha levantado; pues los habitantes actuales no han tenido en eso, ciertamente, parte alguna, puesto que ellos no reparan ni siquiera los fundamentos de las que caen en ruina. Ellos les dan nombres diferentes tales como, Gotomoara, Marapate, Kanaro, Goway-Tongoo, Matta-Matta, etc. que ellos hacen preceder de la palabra Moï, y a las cuales añaden algunas veces la de

Areekee. Esto último significa jefe, y el primero, lugar donde se sepulta, lugar donde se duerme (al menos es lo que hemos comprendido).

"Estos monumentos singulares, estando por encima de las fuerzas actuales de la nación, son verosímilmente restos de un tiempo más afortunado. Setecientos insulares, privados de utensilios, de habitaciones y de vestimentas y todos ocupados en el trabajo de encontrar alimentos y de proveer a sus primeras necesidades, no han podido construir esas plataformas que demandarían siglos de trabajo. En efecto, no hemos notado en nuestras excursiones, un sólo instrumento que se del menor uso en la construcción o en la escultura. Tampoco he visto alguna cantera recientemente explotada, ni un esbozo de estatua que pueda pasar por obra de tiempos presentes. Es por lo tanto muy probable que antiguamente este pueblo fuera más numeroso, más rico y más feliz; que entonces había tiempo disponible para halagar la vanidad de sus Príncipes, perpetuando sus nombres con monumentos durables. Los restos de plantaciones que se encuentran en la cumbre de las colinas, dan una nueva fuerza a esta conjetura. No se puede determinar por qué diversos accidentes una nación tan floreciente, haya podido decaer y volver al estado de indigencia en que se encuentra hoy en día"

Tenemos que reconocer que acerca de los moai muchas de las observaciones de Cook son fundamentalmente justas:

a) Se da cuenta de la diversidad de carácter de las estatuas megalíticas con las tallas de menor tamaño.
b) relaciona lo esmerado de las construcciones donde se levantan los ahu con la indiferencia de los isleños de ese entonces llegando a la conclusión de que no podían ser los descendientes de los antiguos artífices de los ahu y moai.
c) para el levantamiento de los moai y de sus pukao, encima de los ahu, se acerca considerablemente a lo que en realidad debe haber ocurrido.
d) interpreta justamente la finalidad de la hechura de los moai.
e) descarta la posibilidad que se esté trabajando todavía en ahu y moai, estando los primeros ya en ruinas y no existiendo de los otros, canteras recientes.

Se equivoca, al contrario, en su hipótesis de que "la devastación causada por un volcán bastaría por sí sola para reunir todas las miserias sobre unos isleños circunscritos a tan corto espacio" Los volcanes de la isla han estado inactivos desde muchos miles de años y hay que buscar las causas de las incongruencias, lo que ya J. Cook notó, en otras direcciones.

Hacia el final del siglo llega a la isla la última expedición con afán científico y humanitario: después habrá más de un siglo de problemas y tormentos para los infortunados isleños.

Es el 9 de abril del año 1786. Jean François de Galoup, conde de La Pérouse recala en la isla por 24 horas. Divide su tripulación en dos grupos: el primero se dedicará a reconocer la isla, sembrar varias semillas y tomar nota de los monumentos y costumbres más interesantes; el segundo grupo, en que participaba el mismo La Pérouse, visitó los monumentos, las plataformas y los cultivos que quedaban cerca del lugar de desembarco.

A este propósito La Pérouse anota (5):

"Los dibujos de esos monumentos que nos dejó el señor Hodges, reproducen perfectamente lo que hemos visto nosotros. El señor Forster creyó que son obra de un pueblo mucho más considerable del que existe hoy en día; sin embargo su opinión me parece que no tiene fundamento.

Los más grandes de los toscos bustos que están sobre esas plataformas y que nosotros hemos medido, no tienen sino 14 pies y 6 pulgadas de alto, 7 pies y 6 pulgadas de ancho en los hombros, 3 pies de espesor en el vientre, 6 pies de ancho y cinco de espesor en la base; estos bustos, digo yo, podrían ser el trabajo de la generación actual. . " (fig. Nº 3)

De esto se deduce que la corta permanencia en la isla y un básico desinterés crítico acerca de la producción artística de la isla no permitieron a La Pérouse darse cuenta de la importancia de los monumentos que estaba examinando.

En cierto punto parece contradecirse:

"Todos los monumentos que existen hoy día y de los cuales el señor Duché nos ha dado un dibujo muy preciso, parecen muy antiguos; ellos se levantan en unos morais (6), así como se puede juzgar por la gran cantidad de huesos que se encuentran alrededor. No se puede dudar que la forma de su actual gobierno ha igualado a tal punto las condiciones que ya no existe un jefe tan importante para que un gran número de hombres se preocupe de conservar su memoria, levantándole una estatua. Esos colosos han sido sustituídos por pequeños montículos de piedras de forma piramidal. . ."

A este punto La Pérouse se pregunta si existe en los isleños una idea religiosa; parece que la mayor veneración consiste justamente en el respeto que los isleños tributan a sus muertos sepultados bajo los ahu y cuyo recuerdo está perpetuado a través de los moai.

Por lo que se refiere a la roca de que éstos están hechos él se da cuenta de su composición de ceniza arenosa y lapilli que resulta frágil y liviana, muy apta a ser tallada. También resta importancia al transporte y levantamiento de los moai, haciendo referen-

5) J.F Galaup de La Pérouse: "Voyage de La Pérouse autour du Monde" vol. II París, Imprimerie de la République, 1797.

6) "morai" o "marae": es la palabra polinésica que corresponde al "ahu" pascuense; el "marae" es un monumento sepulcral muy común en las islas polinésicas.

cia a la hipótesis de Cook, y apoyándola completamente: ". cien hombres son suficientes para tal operación; no habría lugar para el trabajo de un número mayor"

De las consideraciones de La Pérouse y de los dibujos que acompañan su relato podemos deducir que muchos moai todavía están levantados; pero la dejación de las costumbres de los isleños hace presagiar tiempos funestos para ellos y para la isla.

En efecto, durante todo el siglo XIX los isleños, entre una y otra visita de naves piratas se dedican a combatirse entre sí, a destruir ahu y tumbar moai.

Cuando, a fines del siglo pasado y principios de este, se pudo controlar la situación y se trató de recolectar datos y analizarlos, ya quedaban pocos recuerdos verídicos dignos de consideración.

Por ejemplo, Rodulfo A. Philippi dice (7): "Las estatuas gigantescas fabricadas de una sola piedra han hecho famosa a la Isla de Pascua. . Muchas se hallan en plataformas hechas a propósito para recibirlas; pero en la actualidad, en su mayor parte yacen caídas; otras, sobre todo las más grandes, están simplemente enterradas en la tierra con su base". Por lo demás, sigue relatando las observaciones que Cook había hecho un siglo antes, añadiendo también algunas del relato de La Pérouse.

En la página 408, sin embargo, hay una observación interesante: "Generalmente se cree que la Isla de Pascua es la única de la Polinesia en que se hallan estatuas de piedra; pero no es así. En la isla de Pitcairn perfectamente inhabitada cuando llegaron a ella los revoltosos del buque inglés "Bounty", había en un pico muy elevado cuatro estatuas de piedra del alto de seis piés, esculpidas groseramente y parecidas a las de Pascua, como se refiere en el viaje de Beechey en el "Blossom".

Es interesante esta relación entre las estatuas de Isla de Pascua con las de Pitcairn: las estatuas de tipo monumental son escasas en el área polinésica y disminuyen su tamaño y calidad artística cuanto más se alejan de Isla de Pascua. Prácticamente, como subrayó Heyerdahl (8), hay islas que conservan recuerdos de tiempos remotos, que invariablemente se relacionan con el mundo a su oriente. Pitcairn, Mangareva, Rapaiti y otras más muestran estatuas, cultivos, instrumentos, que se vinculan con las culturas del mundo centro-sudamericano.

A este punto podemos trasladarnos casi a fines del siglo pasado. En realidad, durante los cien años que pasan entre la visita de La Pérouse y la anexión de la Isla de Pascua a Chile en 1888, se verificaron visitas de barcos piratas que diezmaron la población y la devolvieron a un estado de salvajismo. No tenemos, por lo tanto, que extrañarnos frente a la narración de Pierre Loti (9):

"Llegamos al frente de una aglomeración de piedras como los "cromlech" galos, que domina por un lado el mar y por el otro el llano desierto. Atamón me asegura que es el Moray, y subimos los dos a la piedra. Pregunto por las estatuas, de las que no distingo ningún vestigio; pero Atamón me indica la tierra y miro bien a mis pies. En efecto, estaba encaramado sobre la barba de uno de los colosos que, tendido de espalda me miraba de abajo hacia arriba con los dos enormes agujeros que le servían de ojos. Era tan grande y tan informe, que yo no había reparado en su presencia. Allí están todos, tendidos juntos y medio hechos pedazos".

Es decir, en ese momento, 3 de enero de 1872, los moai ya están todos caídos y los ahu están en ruinas. Los isleños reducidos a pocos cientos (275, en realidad, y serán 111 en 1877), no sienten ninguna veneración hacia ellos; seguramente no les atribuyen la importancia que sus antepasados les atribuían.

Para una persona de cultura y sensibilidad artística quizás el relato más impresionante y dramático es el que se refiere al corte y traslado de un moai para ser llevado a Francia (10):

"Los indígenas se habían reunido en multitud, y lanzaban gritos penetrantes. Habíase esparcido la noticia de que se iban a llevar la estatua, y acudían para asistir a la ceremonia, habiendo muchos de los que habitan la bahía de La Pérouse, en la otra parte de la isla. Así es que veíamos muchas caras nuevas.

Los cien hombres de Mr. Rodolfo se trasladaron al Moray, en buen orden y al paso, y las cornetas tocaban marcha, ruido insólito que pone a los indígenas en un estado indescriptible.

¡Qué escena en el Moray! Los salvajes, siguiendo el ejemplo, se mostraron tan vándalos como nosotros.

Al cabo de una hora todo estaba trastornado, las estatuas rotas, y no se sabía aún a cual correspondería el honor de que le cortaran la cabeza para ir a figurar al Louvre, en compañía de las divinidades egipcias y asirias.

En medio de la horrible tarea los salvajes bailaban y gritaban como poseídos. . De pie y apostado estaba un anciano jefe, con la cabeza rizada de plumas negras, contemplando tristemente aquella escena de destrucción. Sólo él, sin duda, conservaba respeto de las cosas sagradas.

7) Rodulfo A. Philippi: "La Isla de Pascua i sus habitantes" en "Anales de la Universidad de Chile". Santiago, mayo de 1873. pág. 402 - 409.
8) T. Heyerdahl: "Aku Aku", Barcelona, Ed. Juventud, 1959, pág. 53 y siguientes.
9) Julián Viaud (Pierre Loti): "La Isla de Pascua (Diario de un oficial de Estado Mayor de "La Flore"), Stgo. de Chile, 1903, p. 53 y seg.
10) op. cit. p. 65 y sig.

"La estatua elegida es una que está tendida de cabeza abajo con el rostro en la tierra, cediendo al esfuerzo de las palancas, vuelve sobre sí misma y cae de espaldas. Su caída es señal de una danza general; los salvajes saltan como locos sobre la cara y el vientre de la estatua, y lanzan al cielo gritos frenéticos. Aquellos muertos de las razas primitivas no han oído semejantes estrépito desde que se durmieron en su Moray. . ."

Otros estudiosos, a partir de esta época empezaron a preocuparse de averiguar el origen y las circunstancias que justificaron la producción de tan numerosos monolitos.

Entre ellos se destaca el estudio detallado que nos dejó la señora Katherine S. Routledge (11): después de haber permanecido en la isla, desde marzo de 1914, por casi una año.

Por lo que se refiere a los moai podemos sintetizar sus observaciones en los puntos esenciales (Fig. Nº 1 y 2):

Las estatuas han sido talladas todas de las canteras que se encuentran en la ladera interior y exterior del Rano Raraku, al costado oeste. Los maoi destinados a los ahu se reconocen por tener una base ancha, apta para ser colocada en la plataforma; los que estaban destinados a permanecer de pie en las laderas del Rano Raraku, al contrario, terminaban con una base a estaca, para poder ser enterrados más fácilmente.

Las estatuas están en distintos grados de terminación y los obreros dejaron abandonados sus utensilios de piedra, los "toki", junto a sus obras.

Las estatuas se encuentran en todas partes y en todas posiciones y a veces, algunas que estaban ya terminadas han sido transportadas por sobre aquellas que se encontraban en construcción.

La señora Routledge anota más de 150 moai en el Rano Raraku. La talla se efectuaba desde el rostro y la parte anterior del cuerpo aislándolos gradualmente de la roca. De este modo se hacía una especie de pasadizo estrecho alrededor de la estatua en el que se pueden ver todavía los nichos donde cada hombre trabajaba; por lo tanto incluso es posible determinar cuántos hombres trabajaban a cada lado de la figura.

Al final, la estatua quedaba apoyada en un angosto trozo de roca que va a lo largo de la columna vertebral como un bote colocado sobre su quilla; posteriormente la figura, separada completamente de la roca y acuñada con piedra se deslizaba hasta llegar al plano.

Según el cálculo de la Sra. Routledge y su equipo, una estatua podía haber sido tallada en bruto en un período de quince días, considerando la fragilidad de la roca y el número de hombres que trabajaba en ella. Nadie sabe, certeramente, el origen de la talla de los moai; en cuanto a las razones que condujeron al abandono del trabajo son, según los nativos, el desaire hecho a una anciana por parte de los obreros de la cantera: ella se vengó mandando a la estatuas que se cayeran.

Unos 40 moai están en la parte exterior del cráter, todos levantados y de espaldas a la montaña. Su tamaño varía entre 10 y 4,5 metros: generalmente miden unos 6 metros y pesan de 40 a 50 toneladas.

En busca de mayor información, se desenterraron, totalmente o en parte, unas veinte o treinta estatuas. Se descubrió que estaban metidas en una especie de agujero excavado en la roca y se encontraron algunos utensilios de piedra que sirvieron para la talla. Las manos que habían quedado bajo el nivel del borde, estaban perfectamente formadas con dedos ahusados y largas uñas. Para el pulimiento se usó piedra pómez, cuyos trozos se encontraron cerca de la estatua. Los ojos de los moai del Rano Raraku están indicados por una línea recta debajo de la ceja; en los ahu, al contrario, la cuenca del ojo está siempre excavada mostrándose el borde interior. Las orejas sobresalen de la parte posterior de la cabeza. El ombligo está representado por un disco y los pezones son muy pronunciados.

A veces la espalda está esculpida con distintas figuras, círculos, franjas u otro dibujo con forma de M. El trabajo de decoración de las espaldas puede haberse realizado contemporáneamente o posteriormente a su levantamiento. En todo caso, una gran cantidad de estatuas fueron hechas para permanecer "in situ" De los métodos para levantar las estatuas el más probable es el de levantarla acuñándola con piedras y tirándola para ponerla en posición vertical. Cerca de algunas estatuas se encontraron huesos humanos, pero ellos eran de fecha posterior al levantamiento de las figuras.

Cerca del acantilado algunas estatuas estaban caídas pero su posición sugería que cuando se encontraban de pie debían mirar hacia la montaña. Este hecho resulta muy extraño porque difiere esencialmente con la posición de todas las demás.

Además de los moai en los ahu y en el Rano Raraku, hay un tercer grupo que la Sra. Routledge llama "estatuas aisladas"; ellas se encuentran repartidas por la isla pero son más numerosas acercándose al Rano Raraku. Todas están en el suelo, algunas de espaldas, otras sobre su rostro. Según la leyenda, estas eran las que estaban siendo trasladadas hacia los ahu. Sin embargo, no había muestras de caminos, al menos aparentemente. Finalmente un día, en la tarde, cuando los rayos del sol ya estaban rozando la tierra horizontalmente, alguien del grupo notó unos desniveles de terreno que mostraban claramente el antiguo camino de los maoi: este estaba un poco más levantado sobre el terreno bajo y un tanto más bajo en los terrenos altos, y a lo largo de él, distanciadas regularmente por

11) Routledge, Katherine Scoresby: "The Mystery of Easter Island. The Story of an Expedition", London, 1920, cap XIV.

algunos cientos de metros, yacían unas estatuas. Tres son las direcciones que toman estos senderos. Una dirección hacia el Rano Kao con bifurcaciones hacia los ahu de la costa Sur; en el camino se cuentan 72 moai. El segundo camino cruzaba hacia el interior, dirigiéndose hacia Hanga-Roa con una bifurcación hacia el Sur. El tercer camino, el más corto, con sólo cuatro estatuas, rodeaba la ladera del Rano Raraku para dirigirse al Norte. Quizás hubo un cuarto sendero para la costa Sur-Este.

Llegados a este punto se plantea la pregunta acerca de los medios de transporte empleados. La Sra. Routledge hace un descubrimiento interesante: en una estatua la erosión debida a los fenómenos atmosféricos había dejado líneas de desgaste desde la cabeza hacia las espaldas, lo que indica claramente que la figura debe haber estado bastante tiempo en posición vertical. Si se levantaban, mentalmente, las estatuas de los caminos, se encontraba que todas ellas daban la espalda al cerro; por lo cual, al Rano Raraku se aproximaban por lo menos tres avenidas, en cada una de las cuales el visitante era saludado, cada cierto trecho, por un gigante de piedra que cuidaba la ruta hacia la montaña sagrada.

La señora Routledge concluye el argumento diciendo que según sus averiguaciones no se encontraron estatuas de las que se pudiera haber dicho que estaban siendo trasladadas y que la forma de transportarlas permanecía en el misterio. En efecto, parecía increíble el transporte por medio de rodillos y cordeles considerando la escasez de madera y de material fibroso. Además no se explica cómo se pudo erigir estatuas en ahu que a veces están situados al mismo borde de un acantilado. Ello justifica a los isleños cuando insisten que sólo el "mana", un poder sobrenatural, pudo haberlas ubicado en tal lugar, haciéndolas andar solas, sin ayuda humana.

Desde el punto de vista estético, los moai no interesan mucho a la señora Routledge; pero no se puede substraer a su fascinación. Así que acaba por reconocer: "Cuanto más se los conoce, más se acentúa esta sensación de tranquila dignidad, de sugerencia y de misterio".

Por lo que se refiere a las "coronas" de piedra, ellas no revisten muchos problemas de interpretación. Su nombre completo parece que fuera "Ha'u hiterau moai" (= sombrero de piedra roja del moai) pero más sencillamente se les dice: "hiterau" o "hitirau". Su forma cilíndrica facilitaba el transporte desde el cono del Puna Pao, colina abajo, hacia los ahu donde se colocaba encima del moai, usando posiblemente el mismo terraplén utilizado para el levantamiento del moai. Sus medidas promedio son: 2 metros de alto, 2.5 metros de diámetro. Los isleños dicen que se mantenían en su lugar por medio de cuñas de piedra blanca insertada en la concavidad ovalada que se había dejado para que calzara con la cabeza de la estatua. En la parte superior había una protuberancia que se destacaba en el medio del cilindro. La toba volcánica roja del Puna Pao es muy quebradiza y se puede cortar fácilmente. Al rodar por el suelo, cuando las estatuas cayeron, muchas se han quebrado o han sido usadas como material de construcción.

Es digno de hacer resaltar el hecho de que las figuras del Rano Raraku nunca tuvieron sombreros ni tampoco las estatuas aisladas; ellos estaban destinados a las de los ahu.

Hasta aquí, la síntesis de las observaciones de la señora Routledge acerca de los moai.

Hay que destacar la meticulosidad de las investigaciones y mediciones que llevó a cabo la Sra. Routledge: muchas importantes noticias se habrían perdido de no ser por sus anotaciones. La incógnita del medio de transporte de los moai puede solucionarse si pensamos que los isleños tenían bastante mahute, árbol de cuya corteza extraían fortísimas fibras que pudieron servir de cordeles de transporte. Además para facilitar el deslizamiento del monolito parecería muy razonable que se ayudaran con ese pasto tan típico de la isla que llamó la atención desde un comienzo al capitán Cook (12): "De ambos lados el terreno estaba revestido de una yerba de Jamaica que crecía en matas y tan resbaladiza que nosotros no podíamos sostenernos". Observación, a nuestro juicio, muy importante y que ayudaría a entender cómo una mente inteligente y enterada podría utilizar medios bastante sencillos para un trabajo, a primera vista, imposible de ejecutar.

Y también es una experiencia común a todos los que visitan la isla el resbalarse en ese pasto llamado "toroko", especialmente después de uno de los abundantes chubascos.

Después de la publicación del trabajo de la señora Routledge, siguió un afán de investigación en todo lo concerniente a la Isla de Pascua, analizando cada aspecto de la cultura pascuense.

Tenemos importantes obras; por ejemplo las de Stephen Chauvet, A. Métraux, S. Englert.

Stephen Chauvet, un médico francés que pudo estudiar muchas piezas originales de Pascua, llegadas a París a través de la Congregación de los Sagrados Corazones de Picpus, nos dejó observaciones muy interesantes acerca de la documentación que tuvo en sus manos, sin embargo, por lo que se refiere a los moai, su aporte es bastante limitado en cuanto nunca fue a la isla de Pascua y por lo tanto difícilmente podría haberlos apreciado en su justo valor o relacionado con otras culturas, tratando de averiguar su origen. Por último, Stephen Chauvet no agrega nada a lo que ya se sabía acerca de las estatuas monumentales.

12) Op. cit., pág. 19.

A. Métraux, etnólogo de ilustre fama, abordó el tema de Isla de Pascua, enfatizando sobre todo el aspecto étnico de sus habitantes y dedicando a la producción artística consideraciones críticas de tipo general cuyo contenido no se puede compartir si se profundiza en el análisis estético (13).

Por ejemplo, él considera: "aquellas así llamadas estatuas son en realidad, enormes y monstruosos bustos sin piernas, con una cabeza demasiado chica para un tronco demasiado macizo".

No es necesario abundar en la falta de sensibilidad crítica de Métraux: aún el más desprevenido de los visitantes no puede sustraerse a la sensación de grandiosidad y severa calma que emana de los gigantes.

Por lo que se refiere al significado de las grandes estatuas, Métraux las relaciona a otras de las Islas Marquesas. Según su punto de vista, estas islas tienen una civilización similar a la de la Isla de Pascua y las estatuas que se levantaban en las terrazas de los santuarios representaban jefes o sacerdotes que, después de su muerte, se transformaban en divinidades protectoras de la tribus. La misma finalidad debían tener las estatuas pascuenses.

"La edad aproximativa de ellas no puede ser muy antigua visto que ornaban los ahu que los isleños han seguido construyendo hasta mitad del siglo pasado". Esta afirmación de Métraux es inexacta. A mitad del siglo pasado no se construían ya ahu, y menos se les ponía encima un moai, más bien se derribaron los que estaban levantados. Basta leer los relatos de los navegantes del siglo XVIII para darse cuenta que la época de las construcciones megalíticas había terminado desde hacía tiempo.

De todas maneras observa que "si la acción de los agentes atomosféricos fuera tan antigua como se ha imaginado, las tempestades, las innumerables lluvias y los vientos que se han ensañado en contra de estos colosos habrían debido alterar la superficie de toba en la cual han sido tallados".

Esta es una observación verídica. Efectivamente, por esta razón no podemos considerar las estatuas demasiado antiguas y su origen no va más allá de unos siglos atrás. Métraux redimensiona también la dificultad de la talla y del transporte de los monolitos; aún sin llegar al período de 15 días que la Sra. Routledge asignó a la talla de una figura, él considera el tipo de roca del Rano Raraku liviano y frágil, fácil de trabajar y también de trasladar. A este último problema el estudioso no da respuesta, pero descarta el uso de madera llegada a la isla por el mar y de gruesos cordeles fabricados con el mahute o la morera. En cierto punto dice: "La costumbre de levantar sobre los mausoleos las estatuas de los muertos es anterior al descubrimiento y a la colonización de la isla. Cuando emigraron, los nativos poseían ya una tradición artística, aunque limitada solamente a la escultura en madera. La pobreza de la tierra donde la suerte los hizo desembarcar, los obligó a adoptar las técnicas tradicionales a un material de más fácil trabajo. Después de alguna incertidumbre inicial, supieron crear un estilo nuevo que no se ha modificado más desde el día de su nacimiento y que, al contrario, se ha afirmado a tal extremo que se transformó en parte integrante del melancólico paisaje de la isla"

Esta consideración no puede ser aceptada por razones estilísticas. La talla del moai monumental obedece a una visión esencialmente plástica que utiliza grandes volúmenes en formas pulidas y planos suaves. Contemporáneamente siguió la talla de estatuillas de madera, para ellas se utilizaba el toromiro, madera muy dura y difícil de trabajar. Sin embargo, estas antiguas estatuillas están vibrantes de inquieta búsqueda expresiva que acentúa y deforma las características físicas de hombres y animales con un efecto totalmente distinto al de las estatuas monumentales. Por lo tanto, el material no determinó el estilo de los moai —y esta afirmación hoy en día suena anacrónica para la crítica de arte—; más bien el espíritu de quien los mandó esculpir estaba completamente alejado del mundo expresionista de los escultores de las estatuillas de madera.

Acerca del derribamiento de las grandes estatuas no hay controversia: todos están de acuerdo en atribuirlo a las guerras tribales que se desencadenaron, acentuándose en el siglo XIX.

Sebastián Englert vivió muchos años en Isla de Pascua como capellán. Aunque su formación cultural no contempló específicamente disciplinas como la arqueología y la historia del arte, él pudo realizar, durante su larga estadía en la isla, un trabajo de recolección de datos y de investigación que le permitió publicar un libro fundamental sobre los temas relacionados con la isla (14).

Acerca de los moai Englert relata las leyendas que a ellos se refieren y recuerda algunos de los nombres que cada uno llevaba. Calculó en 600 los moai de la isla: 276 completos o en ejecución en el Rano Raraku y 324 esparcidos por la isla. En cuanto al motivo de la repentina interrupción del trabajo, él da crédito a la tradición que atribuye a los "hanau momoko", (hombres de contextura delgada) el exterminio de los "hanau eepe" (hombres de contextura gruesa). Los "hanau eepe" serían hombres llegados en una migración distinta de los "hanau momoko": habrían llegado hombres solos, sin mujeres, con una cultura evi-

13) Alfred Métraux: "Meravigliosa isola di Pasqua", Milano, Sugar Ed., 1973. pág. 171 - 190.

14) Sebastián Englert: "La tierra de Hotu Matu'a", Padre Las Casas, Ed. San Francisco, 1948 pág. 88 - 97; 111-115; 117 - 122.

dentemente distinta y habrían obligado a los "hanau momoko", a pesar de la superioridad numérica de estos últimos, a efectuar trabajos pesados a los que ellos no estaban acostumbrados: por ejemplo, los trabajos de escultura de los moai, de construcción de ahu y de limpia de terrenos. Esto habría producido un levantamiento en que todos los "hanau eepe", menos uno habrían sido matados y quemados en la fosa del Poike.

Englert da bastante crédito a esta tradición que, por lo demás, parece ser razonable y explica satisfactoriamente algunas incongruencias acerca de la cultura pascuense.

Concluye el Padre Sebastián: "Todos estos pormenores dan la impresión de que no se trata de pura fantasía popular, sino de datos fijos y ciertos, conservados por la tradición".

El calcula el período de ejecución de los moai entre 1610 y 1680; no define la tierra de origen de los "hanau eepe"; sin embargo, en la p. 101, con cautela pone en relación el ahu de Vinapú "con las más famosas construcciones incáicas del Perú" Y si es cierto que en Vinapú vivían los "hanau eepe", según una tradición recogida por K. Routledge, se puede suponer que Englert haya atribuido un origen andino a los "hanau eepe", visto que sugiere esta segunda hipótesis, con bastante énfasis, en la pág. 88.

La fecha que S. Englert ha indicado para la talla de los moai nos parece un tanto reciente. Considerando la posibilidad de una inmigración de hombres de proveniencia andina seria conveniente anticipar en alrededor de un siglo la fecha de llegada de los "hanau eepe", en coincidencia con los trastornos ocasionados por la ocupación española de la costa Sur del Pacífico y la posible huída de algunos grupos guerreros en grandes balsas hacia mar abierto. La corriente de Humboldt se encargaría de hacerlos llegar, quizás, a Isla de Pascua. Esta es la tesis sostenida por Thor Heyerdahl que en 1955 llegó a la isla con un grupo de científicos de distintas nacionalidades para dedicarse a una labor acuciosa de investigación, prácticamente en todos los campos de la cultura pascuense. Los resultados fueron dados a conocer en importantes publicaciones (15); las circunstancias de los trabajos fueron relatadas en el libro "Aku - Aku" (16), que se tradujo en casi todos los idiomas.

La posición de Heyerdahl es muy conocida: él insiste en declarar factible la llegada a la Isla de Pascua de uno o más grupos de habitantes de Sudamérica, específicamente de la costa peruana, guiados solamente por la corriente de Humboldt. La posibilidad de la travesía fue comprobada por el mismo Heyerdhal en la expedición de la "Kon Tiki", que desde el Callao hasta Raroia (17) navegó sin hacer uso de objetos que no fueran conocidos entre los habitantes de América del Sur antes de la llegada de los españoles. Recogió tradiciones antiguas, que todavía se conservan en las islas Marquesas, acerca de un "héroe" llamado Tiki, llegado en un barco desde el oriente, es decir de las costas americanas. También efectuó excavaciones en Morongo Uta que dieron como resultado el descubrimiento de asentamientos antiguos con culturas de terrazas y habitaciones en doce acrópolis situadas en las cumbres más elevadas. No hace falta demasiada imaginación, pero sí una experiencia posiblemente directa con las culturas de América Centro-Meridional de la costa del Pacífico, para darse cuenta de que hay un notable parecido entre estas ruinas y las precolombinas de América.

Por lo que se refiere a los moai, Heyerdhal los relaciona a los 3 períodos en que divide la historia de la isla de Pascua. Según él (18), en el primer período "un pueblo de cultura altamente especializada que poseía la técnica típica de los incas en el trabajo de la piedra, había realizado importantes construcciones en la isla de Pascua. Sus edificios clásicos no tenían paralelo en la historia posterior de la isla. Gigantescos bloques de duro basalto fueron cortados como queso y encajados unos en otros sin que entre ellos quedase el menor requicio. Estas misteriosas construcciones, con sus elegantes y altas paredes, se mantuvieron en pie durante muchos tiempo por toda la isla. Su aspecto era el de una fortaleza parcialmente escalonada y en forma de altar. Luego empezó el segundo período. La mayoría de aquellas primitivas construcciones de estilo clásico fueron en parte derribadas y transformadas. Se construyó una rampa pavimentada contra el muro interior, y desde el Rano Raraku se trajeron figuras gigantescas de forma humana para erigirlas, con la espalda vuelta hacia el mar, en la cúspide de los modificados edificios, muchos de los cuales tuvieron a partir de entonces cámaras sepulcrales.

Cuando aquella titánica tarea se hallaba en su apogeo, el segundo período terminó repentina e inesperadamente y una oleada de guerra y canibalismo inundó la isla. Todas las manifestaciones culturales se extinguieron de súbito y empezó la tecera y última fase de la historia de la Isla de Pascua, que transcurrió bajo el signo de la tragedia. Nadie esculpía ya las grandes piedras y las estatuas fueron derribadas sin el menor respeto. Se amontonaron peñascos y bloques informes para formar túmulos funerarios junto a los muros de los ahus, y las gigantescas figuras caídas se utilizaron con frecuencia como techumbres improvi-

15) Heyerdahl, Thor: "Reports of the Norwegian Archaeological Expedition to Easter Island and the East Pacific: Vol I: Archaeology of Easter Island". Stockholm, Forum Publ. House, 1961. Vol. III: The Act of Easter Island", London, George Allen & Unwin Ltd., 1976.

16) Heyerdahl, Thor: "Aku-Aku", Barcelona, Ed. Juventud, 1959.

17) Heyerdahl, Thor: "La expedición de la "Kon Tiki" Ed. Juventud, 1953.

18) Heyerdahl, Thor: "Aku-Aku", op. cit., pág. 197-131.

sadas de nuevas bóvedas funerarias. El trabajo era rudimentario y carecía totalmente de habilidad técnica"

La hipótesis de Heyerdhal parece respaldada por el descubrimiento de tres tallas en piedra de un tipo diferente al que se usó para los moai. Durante las excavaciones para la restauración del ahu de Vinapu se encontró una estela acéfala de toba volcánica roja en forma de columna de cuatro lados. Está ubicada en la parte central de lo que debía ser el lugar de reunión delante del ahu mismo. En ella se reconocen brazos pegados al cuerpo con largas manos que se juntan hacia el vientre y el ombligo. Esta estela llamó mucho la atención de los investigadores por su "parecido con las estatuas preincaicas en forma de columna y de color rojo que se encuentran en los Andes"

El segundo hallazgo se efectuó en el Rano Kao, cerca de Orongo. Se trata de una cabeza con rasgos curiosos y boca sonriente.

El tercer descubrimiento fue el de un gigante de piedra en la ladera exterior del Rano Raraku, casi bajo el escote del volcán:

> "En esta estatua todo era distinto. Poesía un cuerpo completamente desarrollado y con sus correspondientes piernas; estaba arrodillada, en una posición llena de naturalidad, con sus gruesas nalgas descansando sobre sus talones y sus manos colocacadas sobre las rodillas en vez de descansar sobre el vientre. No estaba desnuda como las otras, sino que llevaba un corto manto o poncho, con una abertura cuadrada en el cuello".
>
> "La cabeza era de trazos redondeados y presentaba una peculiar barba de chivo y unos extraños ojos provistos de pupilas. La figura miraba fijamente ante sí con una expresión que no habíamos visto en ninguna otra de la Isla de Pascua"

La figura, en realidad, está en cuclillas y no arrodillada y, una vez levantada, manteniendo la posición sugerida por su caída, sus ojos no miran hacia el cielo, porque antes se encuentran con la acanalada pared del Rano. Es sumamente curioso este único habitante de la cantera que en vez de dar las espaldas a la montaña mira con ensueño, hacia ella.

Naturalmente Heyerdahl y Gonzalo Figueroa lo relacionaron inmediatamente a otras estatuas similares de Tiwanaku, uno de los centros más importantes de las culturas andinas:

> "allí habíamos visto gigantes arrodillados que bien podían ser obra de la misma mano, tan similares eran no sólo en estilo, sino también en las facciones y posición de la figura. Permanecieron arrodillados en Tiahuanaco durante más de un milenio, en compañía de la estatua barbuda y otras rígidas columnas de cuatro lados que representaban figuras misteriosas, rodeadas por los sillares mejor labrados y de mayores dimensiones que pueden encontrarse en todo el antiguo imperio inca. A decir verdad, en todo la América precolombina no hay nada que iguale a aquella imponente obra megalítica" . . .
>
> ". . . En opinión de los incas, las figuras ya estaban allí, abandonadas y sin dueño, cuando el primer inca ascendió al trono, pues en aquella época los maestros escultores ya habían emigrado hacia las lejanías del Pacífico, dejando el campo libre a las tribus primitivas de los indios uru y aimará. Unicamente subsistía la leyenda de los desaparecidos constructores de Tiahuanaco"

Tomando en consideración todos los elementos reunidos a través de la investigación, Heyerdahl dice, acerca de los moai:

> "Habíamos descubierto que los constructores de los hermosos muros incaicos del primer período habían esculpido estatuas distintas de los famosos gigantes pétreos del Rano Raraku que tanto renombre habían dado a la isla de Pascua. Aquellas figuras procedentes de la primera época no sobrepasaban casi nunca el tamaño natural. Tenían la cabeza redonda, la cara corta y los ojos grandes. Unas veces eran de toba roja y otras negro; pero las había también de la piedra gris amarillenta del Rano Raraku, material que tanta importancia tuvo para los escultores del siguiente período. Aquellas primitvas estatuas tenían muy poco en común con los famosos gigantes de la Isla de Pascua; la única semejanza era que solían tener, como ellos, los brazos doblados y ambas manos apoyadas rígidamente sobre el vientre de manera que sus dedos se apuntaban el uno al otro. Pero esta actitud era también característica de gran número de antiguas esculturas antropomórficas preincaicas y de las que se veían en las vecinas islas polinesias. . .
>
> " Las rechonchas figuras que más tarde fueron emparedadas, la estatua roja y decapitada en forma de columna que encontramos en el llano de Vinapu y la escultura arrodillada y de mayores dimensiones que permanecía oculta entre escombros a los pies del Rano Raraku, pertenecían a este primer período. Luego vino otra época durante la cual los escultores locales crearon un estilo más elegante y exclusivo, que les era propio, y se esculpieron corpulentos gigantes de cabellos rojos, que se transportaron a lo más alto de los numerosos muros reconstruídos. A medida que aumentaba la experiencia de los escultores, los nuevos colosos fueron aumentando paulatinamente de tamaño. Los que ya se habían colocado sobre los ahu eran de considerables dimensiones, pero muchos de los que quedaron por el camino eran mayores todavía; y algunos de los que se alzaban al pie del volcán en espera de que diesen el último toque a su dorso, todavía eran de mayores dimensiones. . .

" .¿Cómo habría terminado aquella evolución local? ¿Dónde se habría fijado finalmente el límite de lo posible? Nadie lo sabe. Porque antes de que se alcanzase tal límite, se produjo la catástrofe que derribó a los gigantes andarines y detuvo su progresión. . . ."

De todas maneras y como conclusión final, no le cabe dudas acerca del origen de las estatuas:

"Lo que podemos afirmar es que estos prodigios no fueron obra de los tripulantes de una canoa polinesia, hábiles tallistas de madera que se dedicaron a trabajar en las desnudas paredes de piedra al advertir que no había árboles en la isla. Los gigantes pelirrojos de facciones clásicas fueron esculpidos por navegantes procedentes de un país que poseía una experiencia secular en el manejo de los monolitos"

Esta parece ser una respuesta —con la que estamos completamente de acuerdo— a la hipótesis de Métraux que hemos expuesto anteriormente.

Prácticamente, por lo que nos concierne, nuestros conocimientos acerca de los moai nos convencen de que la hipótesis de Heyerdahl parece ser la más razonable y aceptable, por lo menos en sus puntos esenciales.

En toda América precolombina, de México hasta Perú, existe una tradición de tallas megalíticas en piedra que se debe tener en la debida cuenta cuando se nos presenta algo similar en una isla del Pacífico. Por otra parte, son conocidos los habituales viajes que, en tiempos pasados, se realizaban desde y hacia América en el Océano que baña la costa oeste (19).

Los gigantes de Tula, de cultura tolteca, presentan conceptualmente elementos muy cercanos a los moai: en los ojos, en los signos simbólicos de la espalda, en el adosar los brazos a lo largo del cuerpo, en el aspecto monumental. También tenemos muchas estelas de cuatro lados, puestas como centro ritual en una plaza o patio: en Cholula, delante del Templo Hundido en Montalban, y otros lugares de México.

Pero los increíbles e inexplicables gigantes de piedra de los olmecas habían sido, ya desde mucho tiempo antes, posibles modelos para el desarrollo técnico y estético de las tallas megalíticas en México, cuyo gusto se generalizó y se propagó en toda el área andina: basta recordar la continuidad que existe en ello a través de Centro América, Colombia, Perú, Bolivia.

Los altares de S. Agustín en Colombia se encuentran más cerca, como estilo, a los altares olmecas de La Venta.

En Perú no hay un gran desarrollo de estatuas monumentales como las de México y de Colombia; sin embargo, los incas se destacaron por la monumentalidad de sus construcciones.

En cuanto a Tiwanaku, fortaleza que surgió junto al lago Titicaca y cuya historia se está estudiando, reúne las características de monumentalidad tanto en la construcción como en la escultura.

No sabemos, con certeza, cuál es el origen de la cultura de Tiwanaku, pero podemos decir que su influencia llegó sin dudas a la lejana Isla de Pascua a través de algunos de sus representantes llevados en balsas.

Hablar de coincidencias o casualidades, cuando éstas se repiten en demasiados aspectos fundamentales, es, por lo menos, tan arriesgado como querer solucionarlo todo por medio de una ayuda extraterrestre.

Basta con observar la similitud en la concepción de las tallas de Tula, Tiwanaku o Isla de Pascua (fig. Nº 4, 5, 6,); en Tiwanaku e Isla de Pascua, además, las estatuas tenían el mismo propósito de evocar jefes difuntos (fig. Nº 7).

La figura acuclillada al borde exterior del Rano Raraku repite modelos de México y Tiwanaku en forma evidente (fig. Nº 8, 9, 10.).

La estela de piedra roja delante del ahu de Vinapu llama necesariamente a la mente sus similares hermanas del continente amercicano (fig. nº 11, 12, 13).

Algunas tallas en piedra encontradas en Isla de Pascua también están muy cercanas a la sensibilidad artística de quien trabajó otras en Cholula o Tiwanaku (fig. Nº 14, 15, 16, 17).

Todas estas figuras, revelan una inspiración común, a pesar de las distancias, e imponen al estudioso no dejarse tentar por la tesis más fácil, sino averiguar hasta el fondo, todas las posibilidades que caben dentro del tema y la realización razonable de trabajos que, en un primer momento, pueden parecer imposibles.

Así se podrá llegar a distinguir lo "polinesio" de lo "andino" en la producción artística de la isla, dando a cada cual lo suyo, y valorizando cada aporte en su verdadero contexto cultural.

Pero, una vez aclarados los problemas técnicos de la talla y del levantamiento de los moai y de los pukao; una vez relacionadas las estatuas de la isla con las esculturas megalíticas del continente americano, nos queda por resolver la pregunta de cómo se efectuó el contacto entre la población polinésica y la andina; en qué momento la talla de los moai pasó a ser el trabajo obligado de los "hanau momoko" y por qué cesó repentinamente esa tarea junto con la desaparición de los hombres responsables de ella (fig. Nº 18, 19).

La lamentable falta de documentación al respecto nos obliga a recurrir a algunas conjeturas.

19) Rivet, Paul:" Las relaciones antiguas entre Polinesia y América", en "Diógenes", Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1956. pág. 107-119.

Por el estado de deterioro natural de los moai expuestos a los elementos atmosféricos, en relación al tiempo que se necesita para la oxidación y erosión de la piedra de que están compuestos (por ejemplo, basta observar la diferencia que hay en las partes descubiertas en 1956 con las mismas, hoy día), podemos llegar a calcular la antigüedad de las estatuas en sólo algunos siglos. Más bien no parece posible que fueran muy anteriores al siglo XVI. Es probable que la llegada de los andinos a la isla se efectuara justamente en esa época por la razón, ya mencionada, de trastornos en su país, debidos a la colonización española. También la hipótesis de Heyerdahl podría ser aceptada: según su opinión, los andinos de isla de Pascua podrían ser los misteriosos artífices de la cultura de Tiwanaku que se retiraron hacia la costa dejando el campo libre a los aymará y a los incas. En este último caso la llegada de los "hanau eepe" sería anterior a la fecha sugerida por nosotros.

No podemos establecer con seguridad si la última migración de polinesios fue anterior o posterior a la llegada de los andinos. Hay tradiciones que hablan de la llegada del ariki Hotu Matu'a en la isla donde ya había otra gente: ¿habrá sido también polinésica la inmigración anterior, o habrá sido de gente andina?. En todo caso, las dos migraciones deben haber acontecido casi contemporáneamente. La hipótesis de algunos estudiosos, en el sentido de que la segunda migración fuera de gente melanesia, no parece apoyarse en ninguna base digna de tomarse en consideración, mientras que sobran argumentos para defender la tesis de la migración desde sudamérica.

La talla de los moai aparece entre los dos pueblos como un puente que los unió y los dividió. Los andinos aportaron sus conocimientos en el trabajo de la piedra y en las construcciones megalíticas; los polinesios los aprovecharon para sus "marae" y para recordar a sus antepasados en la figura de los grandiosos moai: incluso pudo haber evolucionado el aspecto estilístico. Pero cuando ese trabajo se convirtió en una cadena que los sujetaba a los andinos, hombres seguramente de un nivel cultural superior y acostumbrados al mando, los "hanau momoko", numéricamente superiores, decidieron poner fin a esa servidumbre.

En este punto, la tradición oral es tan clara y tan convincente en su brutal relato que no puede dejar ninguna duda acerca de su veracidad. Con una artimaña se empujaron los "hanau eepe" en la zanja natural del Poike, que ellos mismos habían agrandado y llenado de leña para defenderse de los "hanau momoko", ya en rebeldía. Estos encendieron el fuego y mataron a todos los "hanau eepe", menos uno, llamado Ororoine. De este último "eepe", ahora, todos los actuales pascuenses se vanaglorian de descender, no se sabe por qué inconfesada ambición.

Eliminados los causantes del trabajo de escultura, las canteras del Rano Raraku quedaron repentinamente silenciosas, abandonados los utensilios al lado de los moai en todas las fases de elaboración.

No tardaría mucho en hacerse oir otro ruido: el de los gritos de guerra acompañados por el tumbar de los moais del enemigo socavados de sus bases en señal de victoria.

Reconocemos que es muy difícil y delicado presentar una hipótesis cuando, desafortunadamente, no hay documentos escritos que puedan avalarla. Sin embargo, tenemos confianza en la objetividad de un análisis basado en una cuidadosa observación apoyada por la crítica estética. Cada pueblo, cada época, tiene un sello en su producción artística que lo hace único e inconfundible entre los otros: confiando en esto, hemos tratado de abordar el controvertido tema de los colosos de la Isla de Pascua.

NOTA: Al salir estas páginas, se están efectuando en la Isla de Pascua, bajo la dirección de Thor Heyerdahl, pruebas de desplazamiento de moai según estudios realizados por el joven ingeniero checoslovaco Pavel Pavel. Su hipótesis está dirigida a demostrar que la leyenda pascuense, según la cual los moai "caminaban" en posición vertical, puede aceptarse si se supieran resolver ciertos problemas relativos a la estática y dinámica de los cuerpos.

BIBLIOGRAFIA

Alazard, P. Ildefonse: Ile de Pâques ou Rapanoui. En: Les Missions Catholiques Françaises au XIX siècle. París. Librairie Armand Colin, 1902.

Ballesteros, José Ramón: La Isla de Pascua. Santiago, Biblioteca Geográfica e Histórica Chilena, 1903.

Behrens, Carl Friedrich de: "Histoire de l'expédition de trois vaisseaux envoyés par la Compagnie des Indes orientales des Provinces Unies aux terres australes en 1721" 2 vols. La Haye, 1739.

Bello, Enrique: Reportaje a la Isla de Pascua. Santiago, Revista de Arte, 1957.

Branchi, Eugenio Camillo: "La. Isola di Pasqua, Impero degli Antipodi". Santiago de Chile, Ed. dell'Istituto di Cultura Italiana, 1934.

Buck, Peter H.: Les migration des polynesiens. París, Payot, 1952.

Campbell, Ramón: El misterioso mundo de Rapanui. Buenos Aires, Santiago de Chile, Ed. Francisco de Aguire S.A., 1973.

Castex, Louis: Los secretos de la Isla de Pascua. Ed. II. Santiago de Chile, Ed. Joaquín Almendros, 1973.

Cook, James: "Viaje alrededor del mundo y al polo austral de James Cook". Traducción al español de Santiago de Alvarado. Vol. IV. s.l., s.ed., 1972-1775/6 vols.

Cook, James: "Voyages dans l'Hemisphère Austral, et autour du monde...". París, Hôtel de Thon, 1778, Vol III. Traducción al francés de J. B. Suard.

Cook, James: "The journals of captain James Cook". Cambridge, Ed. J. C. Beaglehole, 1955, Vol. I.

"Chile-Historia": Historia y posesión de Pascua. Fascículo nº 15. Santiago, Ed. Lord Cochrane, s.f.

Deribere. Maurice y Paulette: La verdad sobre la Isla de Pascua. Barcelona, A.T.E., 1977.

Du Petit-Thouars, Abel: Voyage autour du monde sur la frégate la Vénus, pendant les années 1836-1839. Toneo II. París, Gide Editeur, 1841.

Englert, Sebastián: La tierra de Hotu Matu'a. Padre Las Casas, Ed. San Francisco, 1948.

Estella, Bienvenido de: Isla de Pascua. Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, Santiago, Tomo II, 1920.

Estella, Bienvenido de: Mis viajes a Pascua. Santiago de Chile, Imp. Cervantes, 1921.

Eyraud, J. Jean: Notice biografique sur le frére Joseph-Eugène Eyraud, de le Congrégation des Sacrés-Coeurs, premier catéchiste de l'île de Pâques. Eu: Anales de los Sagrados Corazones de Picpus, París, 1880.

R. P. E. Eyraud: Rapport sur l'île de Pâques, in "Annales de la Propagation de la Foi"; 1866 a 1867. (Tomo XXXVIII).

Eyraud, Eugène: "Lettres" du frère Eugène Eyraud à Notre Tres Rèvèrend Père Supèrieur Général" Valparaíso, diciembre, 1864.

Felbermayer, Federico: Historias y leyendas de la Isla de Pascua. Valparaíso, 1948, Ed. part.

Fonck, Oscar: Rapa-Nui: el último refugio. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1974.

Forster, Johann Reinhold: "Observations faites, pendant le second voyages de M. Cook...". París, Hôtel de Thon, 1778.

Fuenzalida V., Humberto y Mostny, Grete: "Exposición de Isla de Pascua". 25 de junio al 6 de julio de 1946. Santiago, 1946.

Gaona Acuña, Renato: Rapa-Nui. Su historia y sus posibilidades económicas. Santiago de Chile, s.e., 1951.

"Geochile": Vol. I, n.l. Número dedicado a la Isla de Pascua. Santiago, Sociedad Geográfica de Chile, Diciembre de 1951.

González de Haedo, Felipe: "The voyage to Easter Island", 1770 a 1771. Londres (precedido de un extracto del libro de bitácora de Roggeveen sobre su descubrimiento de la Isla). Transcripción de B. C. Corney, Hakluyt Society, Cambridge, 1908.

González de Haedo, Felipe: "The voyage of Captain Don Felipe González... to Easter Island, 1770 a 1771". Cambridge, Ed. B. G. Corney, 1908.

"The Hakluyt Society". Cambridge, 1908. Vol. XIII.

Heyerdahl, Thor: La expedición de la "Kon-Tiki". Versión española del General Armando Revoredo. Barcelona, Ed. Juventud, 1953.

Heyerdahl, Thor: Report of the Norwegian Archaelogical Expedition to Easter Island, and the east Pacific. Vol. I: Archaelogical of Easter Ysland. Vol. II: miscellaneous Papers. Stockholm, Forum Publishing House, 1961 y 1965.

Heyerdahl, Thor: Aku-Aku: el secreto de la Isla de Pascua. Barcelona, Ed. Juventud S. A., 1968.

"Il Millione". Vol. XV: Oceania. Novara, Istituto Geografico De Agostini, 1965.

Jaffuel, P. Félix: Ile de Pâques. Visite d'un savant Bénedictin à l'île de Pâques en decembre 1932. París, Anales de los Sagrados Corazones de Pic-Pus, 1933.

Jaussen, Mons. Tepano: "L'île de Pâques". París, Cahiers d'Art, fasc. 2-3, 1929, págs. 109-115.

Jaussen, Mons. Tepano: "L'île de Pâques". París, Ernest Leroux, 1893.

Knoche, Walther: Die Osterinsel Eine Zuzammenfassung der chilenischen Osterinsel expedition der Jehres 1911. Concepción, Chile, Verlag der Wiss, Archivs von Chili, 1925.

Knoche, Walther: Tres notas sobre la Isla de Pascua. Santiago, Revista Chilena de Historia y Geografía, 1912.

La Pérouse: "Voyage de La Pérouse autour du Monde". París, Imprimerie de la République, 1797. Vol. II.

Laureani, Camilla: "Acerca de la Historia de Isla de Pascua". En "Aisthesis" Nº 12, 1979, Santiago, Univ. Cat.

Lavachery, Henry: Ile de Pâques. París, Ed. B. Grasset, 1935.

Lesseps, Jean Baptiste Barthélemy: "Voyage de Lapérousse...". París, Arthus Bertrand, 1831.

Lira, Juan Pablo: Isla de Pascua. En: "Geo-Mundo", vol II, n.3. Panamá, Editorial América S.A., 1977.

Loti, Piere (Julián Viaud): Reflets sur la sombre route (Ile de Pâques). París. Calmann-Levy, 1897.

Mac Millan Brown (J): L'île de Pâques et son mystère. T. XL, Nº 3. La Geographie, Sept. Oct. 1923.

Marín, Balmaceda, Raúl: Isla de Pascua o Rapa-Nui. Santiago, 1945.

Marti Rigau, José: El enigma de Isla de Pascua" Barcelona, A.T.E., 1980.

Maziere, Francis: Fantastique île de Pâques. París, R. Laffont, 1965.

Métraux, Alfred: La Isla de Pascua. México-Buenos Aires, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1950.

Mouly, Padre: Ile de Pâques, île de mystère?. Brujas, Lib. de l'Oevre Saint-Charles, 1935.

Philippi, Rodulfo A.: La Isla de Pascua i sus habitantes. Anales de la Universidad, Santiago, mayo de 1873.

Pinart, Alphonse: Voyage à l'île de Pâques (Océan Pacifique). En "Le Tour du Monde" París, T. 36, n. 927, oct. 1878.

Roggeveen, Jacob: "The journal of Jacob Roggeveen". Oxford, Ed. A. Sharp, 1970.

Roussel, P. Hippolite: Ile de Pâques (Polynèsie). En: Les Missions Catholiques. Lyon/París, 1868.

Roussel, R. P. Hippolyte.: Ile de Pâques ou Rapanui... París, Anales de la Congregación del Sagrado Corazón, 1926.

Routledge, Katherine: The Mistery of Easter Island. The Story of an Expedition. London, 1920.

Routledge, Katherine: La Isla de Pascua. Conferencia leída en la Real Sociedad Geográfica de Londres en la sesión del 20-XI-1916. Trad. de E. Gunther. Valparaíso, Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, 1918. Tomo 31, págs. 373-394.

"Runa". Archivo para las ciencias del hombre. Vol. IV, 1951. Dedicado a la Isla de Pascua. Buenos Aires. Fac. de Fil. y Letras —Instituto de Antropología— 1951. Escritos de: M. Bórmida, G. Rodríguez, D. Camus G., J. Imbelloni.

Silva A., L. Ignacio: Biblioteca Geográfica e Histórica Chilena. Vol. I: "La Isla de Pascua"; escritos de Ignacio L. Gana, Julián Viaud (Pierre Loti) y J. B. Ballesteros. Santiago, 1903.

Stephen-Chauvet: La Isla de Pascua y sus misterios. Primera versión de J. M. Souviron. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1946.

Thomson, William J.: Te Pito Te Henua, or Easter Island. Washington, Government Printing Office, 1891.

Toro Hurtado, Pedro: Memoria al Gobierno Chileno. Santiago, 1893.

Vancouver, George: "A voyage of Discovery to the North Pacific Ocean and round the World in 1790-95 under Captain George Vancouver, Vols. 3. London, s.e., 1798.

Vives Solar, J.: Rapa-Nui, Cuentos pascuenses. Santiago de Chile, 1920.

Wilhelm G., Ottmar: La Isla de Pascua (History and description). En: Revista de la Marina, Valparaíso, Jan.-Feb. 1936. Págs. 1-21.

Zuhmbohm, P. Gaspar: Lettres du R. P. Gaspar Zuhmbohm, au Directeur des Annales sur la Mission de l'île de Pâques. En Anales de los Sagrados Corazones de Picpus, Lyon, 1879/1880.

Para mayores referencias bibliográficas ver: Laureani Camilla: Bibliografía y piezas originales de la Isla de Pascua... en Aisthesis, n.10. Santiago, Ed. Instituto de Estética, Universidad Católica de Chile, 1977.

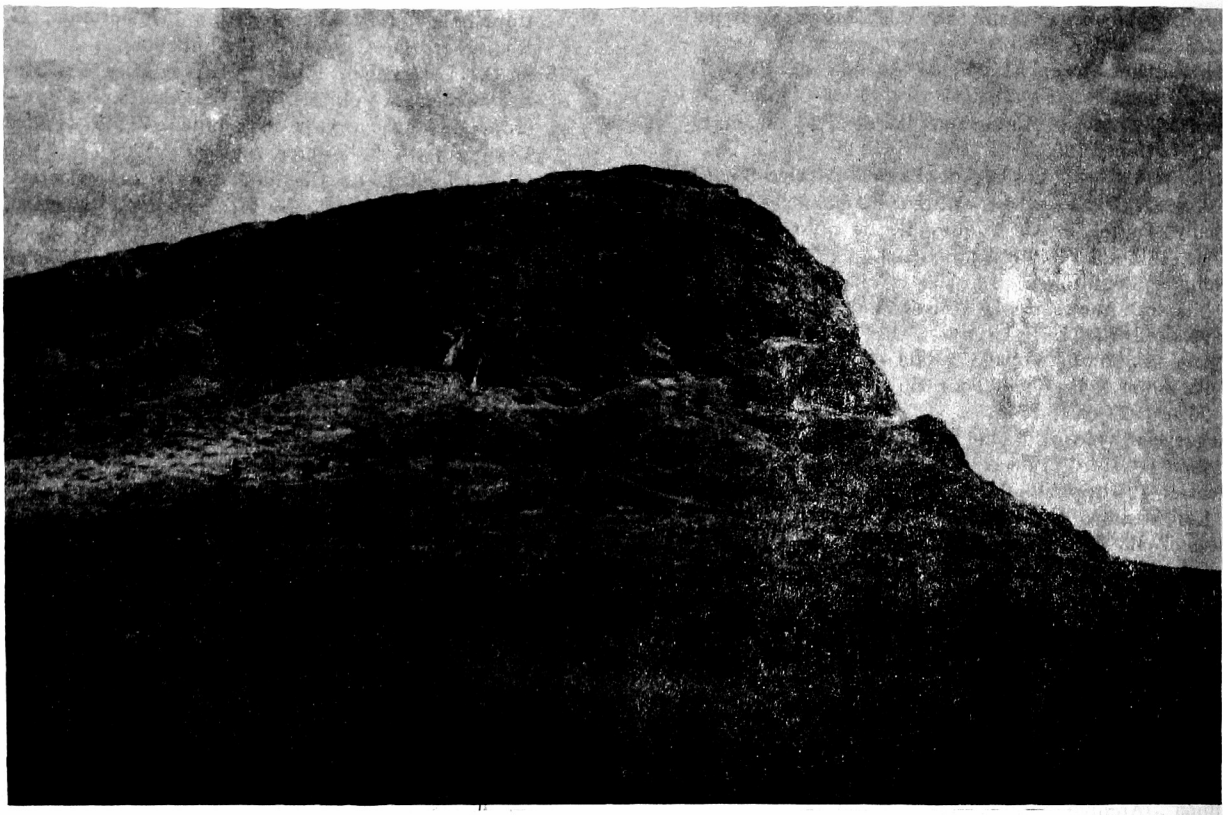


Fig. Nº 1. El Rano Raraku: ladera izquierda.

Fig. Nº 2. El camino de los moai según K. Routledge.

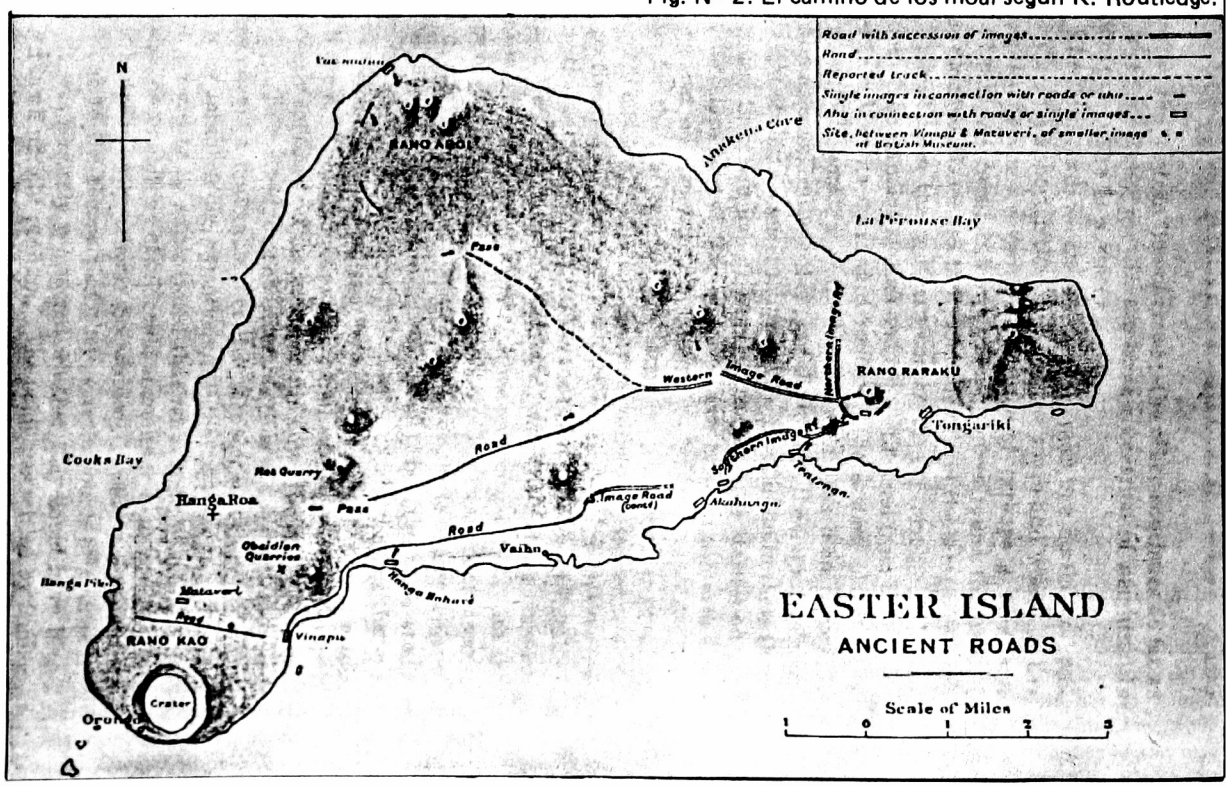


Fig. Nº 3. Ilustración grabada en el relato de La Pérouse.

Fig. Nº 4. Moai con pukao restaurado en Tahai, Isla de Pascua.

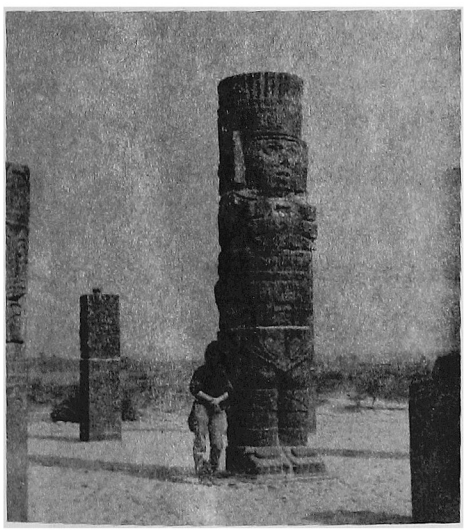


Fig. Nº 5. Un gigante de Tula, México.

Fig. Nº 6. Monolito llamado "el Fraile" en Tiwanaku, Bolivia.

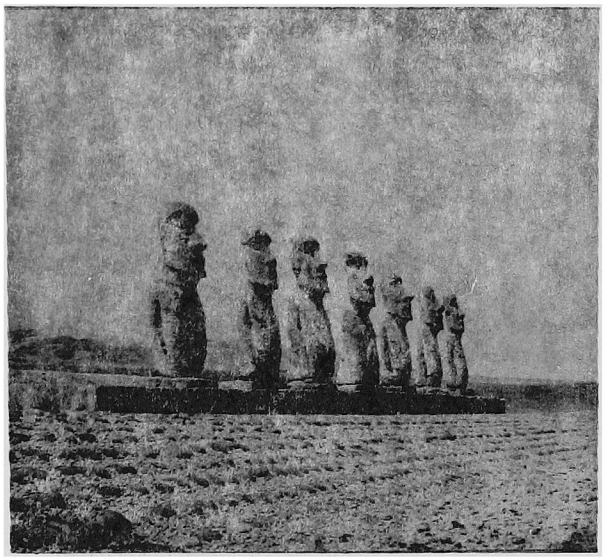


Fig. Nº 7. El ahu Akivi, restaurado por W. Mulloy y G. Figueroa, Isla de Pascua.

Fig. Nº 8. Figura en piedra, en cuclillas. Museo de La Venta, Villa Hermosa, México.

Fig. Nº 9. Figura en cuclillas, de Tiwanaku La Paz, Bolivia.

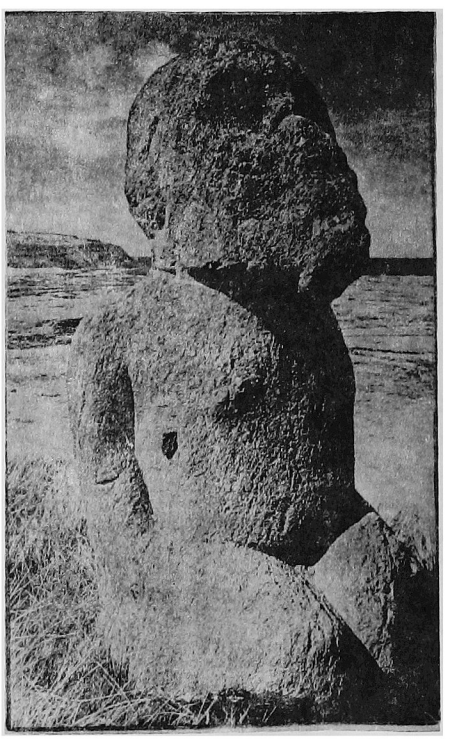


Fig Nº 10. Moai en cuclillas en el Rano Raraku, Isla de Pascua.

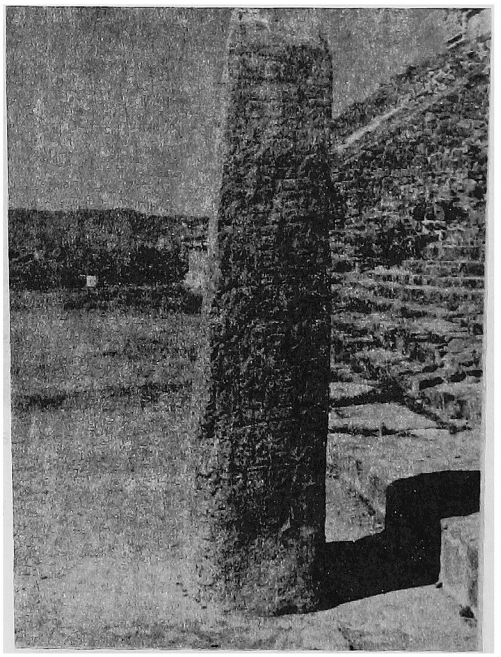
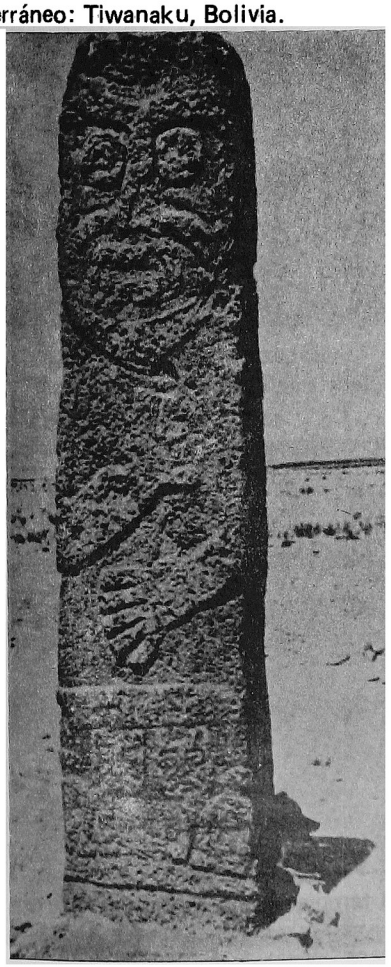


Fig. Nº 11. Estela delante del Templo Hundido Montalbán, México.

Fig. Nº 12. Estela llamada "Kon Tiki" Templo semisubterráneo: Tiwanaku, Bolivia.



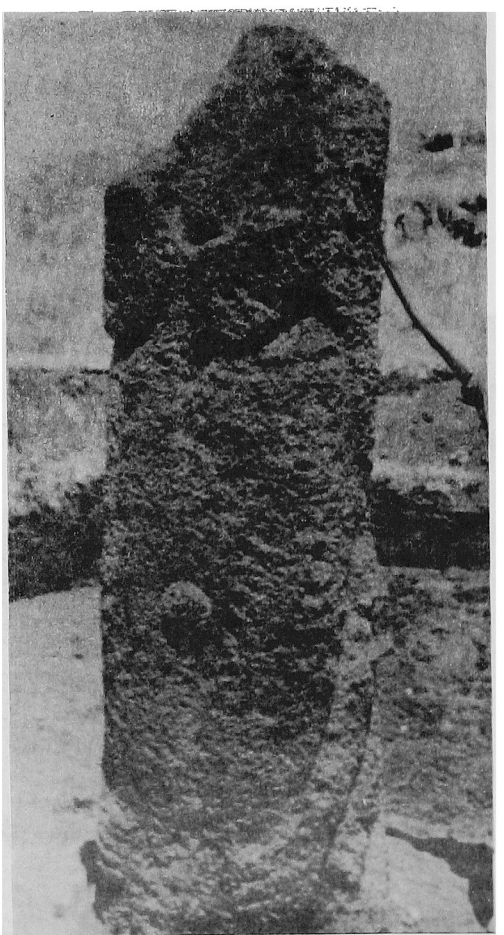


Fig. Nº 13. Estela antropomorfa en toba volcánica roja encontrada delante del Ahu de Vinapú, Isla de Pascua.

Fig. Nº 14. Cabeza en piedra - Cholula, México.

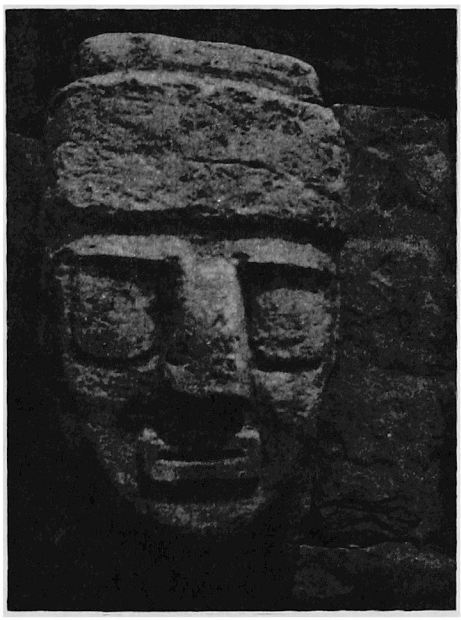


Fig. Nº 15. Cabeza en piedra empotrada en el Templete semisubterráneo de Tiwanaku, Bolivia.

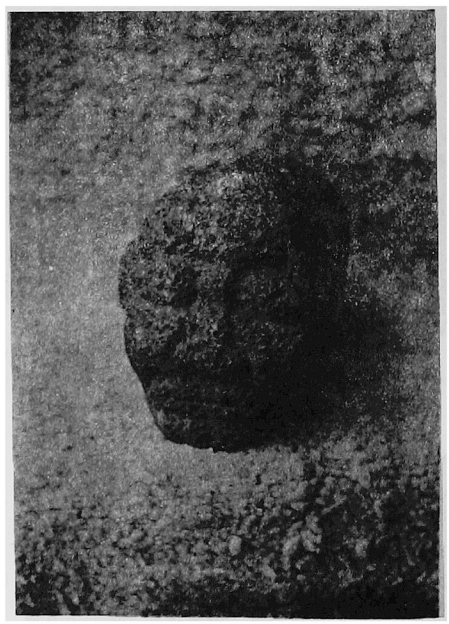


Fig. Nº 16 Cabeza en piedra de una escultura pascuense - Santiago, Museo de Quinta Normal.

Fig. Nº 17. Cabeza empotrada en el templete semisubterráneo de Tiwanaku, Bolivia.

Fig. Nº 18. Levantamiento de un moai, según técnica antigua, en un ahu de Anakena, Isla de Pascua.

Fig. Nº 19. Moai del Rano Raraku desenterrado por la Expedición Heyerdahl - Isla de Pascua.

Fig. Nº 20. Dibujo de W. Hodges en el "Viaje alrededor del Polo Sur" de Y. Cook (1774).